

## Petunias de Gea

Carmen comenzó a sentir la humedad de la sangre recorrerle los muslos y lo primero que pensó fue en las sábanas empapadas. Había dado vueltas en la cama, quejándose en silencio por el dolor, y su esposo al lado de ella no se inmutaba, él había estado discutiendo con Carmen porque ella le manifestó que necesitaba que se ocupara más de sus hijos, ella también trabajaba y, además, hacía todos los deberes del hogar. Su madre, que dormía hacía unos meses en la habitación contigua, vigilaba su estado. Eran las cuatro de la madrugada cuando se sentó al borde de la cama, buscando a tientas las chancletas en medio de la oscuridad para comenzar su trayecto hasta el baño con aquel peso en la espalda, aguantando los quejidos y con los ojos inundados de lágrimas. Ese dolor no le era desconocido. Esta era una niña, podía sentirlo dentro de sí.

En el sanitario intentaba no pujar. Mientras, su madre, al sentir el ruido, se levantó y fue por ella.

—Hija... ¿Qué pasa? —La voz de su madre hizo que se sobresaltara, intentaba consolarla, acariciando sus cabellos húmedos por el sudor frío.

Carmen lloraba con intensidad.

—¿Qué he hecho mal ma'? —dijo ella con voz desgarrada—. Yo me cuidé, juro que me cuidé. No me esforzaba tanto desde que me enteré de que estaba en cinta.

—No creo que sea eso, mi niña. Quizá solo necesitas un poco de ayuda para llegar a

término y ya —Afirmaba la señora entrada en edad—. La flor Petunia de Gea, que está en la alacena, arriba, junto a la canela, esa te puede ayudar —la mujer susurró aquel nombre como si intentara ocultar algo—. Es color lila, con un pistilo semejante al cuerpo de una mujer.

—Sí, la he visto, pero no la uso. ¿Cómo me ayudaría? —preguntó Carmen, aunque poco esperanzada.

—Con fe —dijo la madre. Determinante, fue a la cocina a buscarla—. Mira, para iniciar el ritual la frotarás juntando las manos en forma de rezo mientras le cantas desde el corazón. Pero no levantarás mucho la voz, el canto debe ser como un arrullo. Debes hacer todo con intención, dándole el poder a la planta para que te cure. —La madre continuó hablando mientras la hija, un poco extrañada, y aún, con su dolor, la observaba con curiosidad. No era tan optimista en ese momento para imaginar que esa flor pudiera curarla, pensó que solo era para hacer un té de color lila que ayudaba con los cólicos menstruales.

— Espera. ¿Ritual?

—Sí hija, ritual, es una ceremonia que se enseña entre las mujeres de la familia, cuando no se puede concebir una niña, mi madre me la enseñó para poder tenerte a ti y, ahora, yo te la comunico para que tú puedas tener a tu niña.

—Está bien ¿y luego? ¿Qué sigue?

—Calientas agua en un olla, y cuando la veas burbujear echas el pistilo hasta que sientas cómo el aroma que destila te envuelve, continúas metiendo los pétalos al agua con cuidado y delicadeza, revuelves con la cuchara de palo hasta que tiñan el agua y se desintegren. Mientras lo haces no la detalles mucho, por favor no observes de más, esta flor es buena en propiedades, pero peligrosa... Esperas dos minutos a que hierva y retiras del fuego para dejar reposar la infusión. Para tomarla puedes usar miel, pero la sola flor ya tiene su dulce. —Indicó la madre, y finalizó diciendo—: Verás cómo podrás tener la nena que tanto deseas. Seguir el consejo de la madre no fue fácil: frotar, cantar, creer, no observar de más ¿Qué tenía aquella planta que no se podía observar mucho? Pero su anhelo de tener una niña la hizo adentrarse en aquel ritual al punto de llorar nuevamente, pero esta vez fue diferente, fue un llanto cargado con

dolor del pasado, como si llorara todas las pérdidas que había tenido. Y al terminar sintió paz, consuelo, aquel aroma que la envolvió había sido como un abrazo de sus ancestras, todas juntas le brindaron consuelo, le sanaron el alma a través del útero.

Tiempo después no solo pudo tener a su hija, además de eso sufrió una transformación, debido a que miró fijamente el pistilo de la flor y fue poseída. Carmen ahora busca su satisfacción antes de solo centrarse en la de su esposo cuando tienen intimidad. Actualmente no lo felicita por ayudarle con sus hijos y, en cambio, dice que este ejerce su paternidad. Ella afirma que no va a necesitar a su esposo, ya que gana su dinero y puede solventar sola su casa, no tiene por qué aguantar malos tratos o groserías y que este pensamiento se lo iba a inculcar a su hija recién nacida.

---

\* Estudiante de Lingüística y Literatura en la Universidad de Cartagena, hace parte del Taller de Escritura Creativa Cuento y Crónica de Cartagena - Red Relata, Ministerio de las Culturas.